CAPÍTULO XI. *Donde se dice cómo en un día se bautizaron y casaron juntamente tres mil indios en la ciudad de Xuchimilco, que es caso de notar*

N LA CIUDAD DE XUCHIMILCO, CUATRO LEGUAS de esta de Mexico, entre otros muchos que se bautizaron y casaron fueron tres mil, cuyos ministros determinaron su bautismo para el día del nacimiento de Cristo nuestro señor; porque en día que nace Cristo para salvar pecadores, ellos naciesen en vida nuevá espiritual para ser contados entre los del rebaño de ese mismo Cristo señor nuestro. Determinado el día dispusieron la gente, y hecho el oficio de los maitines y cantadas las dos misas, la primera de media noche, y a que llaman del gallo o de el alba, comenzaron los cuidadosos ministros, que eran dos, su ministerio de aquesta manera: Los indios estaban ordenados en rengleras y pareados cada uno con la que había de ser su mujer, y estándose ellos quedos en su ordenanza iba el un sacerdote poniéndoles el olio de los catecúmenos; y como recebían el olio luego se iban unos tras otros en procesión, sin salir de la ordenanza, con sus candelas en cendidas hacia la pila, donde el otro sacerdote estaba aguardando, el cual los iba bautizando echándoles el agua sobre sus cabezas; y bautizados salían unos tras otros, por el orden que habían venido, tras la cruz que llevaban delante con otros religiosos que iban cantando las letanías con los indios cantores de la iglesia; e íbanse a poner, sin impedirse unos a otros, en la postura en que antes, cuando les pusieron el olio, estaban. Y el mismo sacerdote que se lo puso, en acabando de ponérselo a los últimos, comenzaba a poner la crisma a los que habían sido primeros; y el otro sacerdote que había acabado de bautizar iba tras del que ponía la crisma, tomándoles las manos y administrando el sacramento del matrimonio. Todo esto pasó desde que amaneció hasta que se hizo tiempo de la misa mayor, la cual cantaron, con grande solemnidad, en presencia de aquellas nuevas plantas de este jardín de la iglesia, que ayudarían a cantar en la tierra lo que aquella mañana cantaron los ángeles en el cielo (conviene a saber): Gloria sea a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad; porque hizo, como dijo Zacarías,[1] salud de nuestros enemigos, sacando de las manos de nuestro adversario, el demonio, las ánimas de estos sus creyentes y convertidos. Y dieron los ministros muchas gracias a Dios que les había dado fuerzas para llevar el trabajo de la noche y, sobre todo, concedérselas para el ministerio destos dos sacramentos dichos, comunicados a tantas gentes.

En esto se conocerá cuán fáciles y dóciles son los indios para ponerlos en cualquiera cosa de orden y concierto, aunque a la verdad estaban bien industriados y apercibidos para lo que habían de hacer; mas juntamente con esto, el modo de ordenarse, y ponerse en hilera para cosas semejantes,

[1] Luc. 1, 25.

ellos lo usaban y guardaban mucho en su antigüedad, y aun el día de hoy, cuando vienen los domingos a la iglesia, se ponen el patio, cada barrio por sí, por sus hileras, para que se cuenten. Este acto está pintado en un gran portal que está junto de la portería del convento de la misma ciudad de Xuchimilco, y lo pintó el padre fray Gerónimo de Mendieta; el cual dice en su libro escrito de mano habérselo así certificado uno de los religiosos que se hallaron presentes a él. Y cierto es muy de ver aun en la pintura, de donde se podrá pasar con la consideración a lo que sería lo vivo desto pintado. Y viéndolo el virrey, conde de Monterrey (que pasando a serlo al Pirú, estuvo en este convento algunos días) no se hartaba de mirarlo y de alabar a Dios en él, y decir: que los que tal hicieron y tanto trabajaron no tenían premio suficiente en la tierra, y que el verdadero y satisfactorio era el del cielo. Dígolo para que se vea lo que los frailes de San Francisco han trabajado en esta conversión, y cuán puesto está en olvido. Este inmenso trabajo y todo esto nace de no estar el rey en la tierra, que cuida de sus fieles ministros, que los que hay, como son al quitar, y lo bueno que uno vio no lo sabe otro, muere la memoria del bien con el tiempo en que pasó el otro. Y si alguno destos señores trata algo no es en orden de premiar trabajos eclesiásticos, sino de engrandecer los suyos y pedir mercedes por ellos, que donde reinó Assuero, libros y anales hubo donde se escribían las cosas memorables y dignas de premio para que ni con el tiempo se olvidasen ni dejasen de ser pregoneros de las mercedes que por ellas se debían hacer a los que las hacían. Y si parece que sueño o cuento gracias, lean las palabras últimas del capítulo 2, del *Libro de Ester* y verán, que cuando aquellos dos eunucos, porteros del palacio real, se conjuraron para matar al rey Assuero, sabido por Mardoqueo y dado aviso dello al rey, y averiguado el caso y ahorcados los dos traidores, mandó que en libro memorial se escribiese este fiel servicio, para que quedase en memoria de agradecimiento y lo fuese para el rey para gratificárselo. Y luego en el capítulo 6 dice la Sagrada Escritura: Que estando una noche desvelado el rey (y era la noche que Amán tenía determinado de pedir el día siguiente la muerte de Mardoqueo) mandó que le trajesen el libro memorial de los tiempos pasados; y leyendo en él, lo primero que encontró fue el servicio que Mardoqueo le había hecho, revelando la maldad y traición de los eunucos; y preguntando al que leía qué premio se le había dado por aquel tan fiel servicio, le fue respondido que ninguno. Ya a esta hora amenecía, y mandó el rey que viesen quién estaba a la puerta de palacio, hallaron a Amán que, desvelado con desear pedir la muerte de Mardoqueo, había madrugado. Entró y pidióle consejo el rey para galardonar un fiel servicio; y pensando Amán que era la honra para él, diole tal y tan bueno, y mandóle el rey que lo cumpliese en Mardoqueo.

De este caso se conocen dos cosas: la una, el cuidado del rey en poner por memoria los servicios y la otra, el premio dellos; y esto es porque estaba presente, que a estar ausente, cualquiera apasionado de sus criados pudiera informarle al gusto de su pasión y antojo, cudiciando que la honra ajena se le aplicase a él; lo cual es imposible que suceda, donde el rey proprio

lo ve todo; y en esta tierra no ve nada porque sus ojos son los de sus ministros, y si les fía su gobierno y hacienda también les ha de dar créditos en lo que dijeren, y muchas veces juzgan con pasión lo que niega la razón y siguen en su parecer las cosas de su gusto y no lo que por ventura convendría. Y volviendo a nuestro propósito, digo que este caso sucedió en Xuchimilco, obrado por dos sacerdotes que, no atendiendo apremios humanos, sólo lo hicieron por amor de Dios, como las demás cosas que hacían y de presente hacen otros que los siguen en estos mismos ministerios.

CAPÍTULO XII. *Del daño que se seguía en estorbar el bautismo de los adultos, y de los muchos que se bautizaron en Quauhquechola y Tlaxcalla*

N AQUELLA SAZÓN QUE LOS SEÑORES OBISPOS se juntaron, fue puesto silencio al bautismo de los adultos, y en muchas partes no se bautizaban sino niños y enfermos; y esto duró tres o cuatro meses hasta que se determinó lo arriba dicho. En este tiempo se cumplió bien a la letra lo que dijo el profeta Jeremías.[1] Los chiquitos pidieron pan y no había quién se lo partiese. Andaban muchos hambrientos en busca de el santo bautismo y no lo hallaban; era la mayor lástima del mundo verlos ir y venir y volver de acá para acullá y de todas partes ser despedidos, negándoles el remedio de sus almas que tan justamente pedían y demandaban. Pero aunque eran de rebaño y grey, apartada del reino de Dios, como a los que se vuelven a él no los desecha, oyó su clamor como padre piadoso, abrióles puerta a su necesidad y deseo; porque si dice en su evangelio que la importuna petición del amigo que llega a deshora, con necesidad, a la puerta del amigo, le hace abrir y dar lo que pide, y que Dios usa desta condición, cuando importunamente le llaman, ¿por qué a estos que venían, no una, ni dos, sino tantas veces, y no a un convento, ni dos, sino a muchos, no había de oírles? Especialmente que venían con ánimo y deseo de ser de su gremio y ley y entrar por la primera puerta de su servicio que es el bautismo. Pues la puerta primera que abrió (entre tanto entredicho) fue la del convento de Quauhquechola; allí comenzaron a ir pidiendo medicina y misericordia. Los frailes estuvieron dudosos si los recibirían o no; mas como al Señor, que los traía no hay quien le pueda resistir y sabe llevar a los ministros de sus mandatos, a uno por un cabello de Judea, al lago de los Leones a Babilonia, y a otro de cierto lugar al de Jopen, para que bautice a Cornelio; aquí, ya que no los sacó de sus casas, abrióles las puertas y movióles los corazones para que recibiesen aquellas ovejas descarriadas que andaban buscando el abrigo del buen pastor que sólo en el balido conoce sus ovejas; y así no fue en su mano dejar de bautizarlos. Bien sabemos que el rey Balac impedía el paso a los del pueblo de Dios para que no pa-

[1] Lam. 4.